



nera son sagrados, y el que los traspasa es condenado á muerte (1).

Y esta forma solemne de cuadrado oblongo, seguirá la nacion en todas partes donde se establezca, en los campos del Lacio como en los de la Campania. Tambien la aplica al fondo de la tierra; el deslinde se hace por orden del Dios supremo, y este Dios vela inmutablemente por la conservacion de los límites. Además, en cualquiera parte que sea colocado el dios «Término» jamás cederá su puesto, como sucedió en el Capitolio al Señor de los dioses.

Los etruscos son industriosos y hábiles como los pelasgos, de quienes son hermanos y vencedores, y á los cuales han prestado mucho; sus monumentos están ejecutados con profusion. Tales son los diques que contiene el Po y evitan la inundacion de las campiñas; las medidas que llevan las aguas de riego y las distribuyen por los terrenos malos; los lagos desecados, los cráteres, cuyos enfriados fiancos están dedicados á la agricultura (2).

Al lado de éstas obras de utilidad se levantan los sepulcros, adornos predilectos de los de la Etruria (3). Todas las artes concurren á prestarle sus adornos, y por un extraño contraste, las escenas de placer se reproducen en todas partes: á cada momento se encuentran danzas, banquetes, juegos sobre los sarcófagos y las urnas. El carácter distintivo del etrusco era la gravedad y una tristeza sombría.

(1) Los sacerdotes etruscos prestaban la mayor atención á los fenómenos de la naturaleza, y en ellos buscaban los presagios. Tenian toda una teoría religiosa acerca del rayo y del relámpago, y poseian los libros *Fulgurales*, *Ostentarii*, relativos á los prodigios, *Haruspiciini*, destinados á sacar los agüeros. Además, los libros aquerónticos contenian una doctrina de expiación ó de apoteosis y de los ritos de que dependian los destinos. Segun esta doctrina, la sangre de las víctimas aseguraba la inmortalidad y la esencia divina á las almas.

(2) Es preciso ver para todo este asunto el trabajo del conde Condestable: *De los etruscos y de la agricultura, industria y bellas artes entre los mismos*, Perugia, 1859.—Cantú, *op. cit.*

(3) M. Noel Desvergers ha examinado y descrito los más importantes. Véase su obra: *La Etruria y los etruscos*, y las láminas que la acompañan. En ella hace notar las evidentes analogías de los sepulcros etruscos con los *Túmulo*s de Frigia.

«La Etruria es la madre de las supersticiones,» dicen los padres de la Iglesia. Trémulo siempre bajo la mano de la divinidad, que parece concederle la vida con sentimiento en medio de las convulsiones de la naturaleza y de los castigos de su clima, reproduce por do quiera las funestas ideas que la atormentan; hace matar á los gladiadores en los funerales; sus sacerdotes se asemejan á furias armadas de teas y serpientes; en todo se halla una mezcla de los terrores del Oriente y del Occidente (1). Juno derrama sobre sus altares la sangre de las vírgenes.

Los etruscos poseen, sin embargo, este país tan alegre y hermoso, que han descujado por sí mismos y que les mata con la abundancia de sus productos.

«En la marisma, dicen, se enriquece en un año y se pierde la vida en seis meses» (2).

El buey es animal sagrado entre ellos, y esto sucede en la Etruria, en que hay las razas más hermosas de caballos. El trigo está consagrado á los dioses y las manos de los niños ó de las doncellas apenas se consideran suficientemente puras para ofrecerlo. La lana de los rebaños es magnífica y la gran virtud conyugal de las mujeres de la Etruria se caracteriza por este elogio: «vivió casta é hiló la lana.» Así es que la propiedad territorial constituye el fundamento de la sociedad etrusca; el gran poder de los rasenos está en la tierra. Su legislador, Tagés, este niño que tenia la sabiduría de un viejo, nació de un terron.

Tambien fué efímero su poder marítimo, aun cuando tuvo brillantes jornadas. Los mercaderes del Mediterráneo y sus flotas de guer-

(1) El Caron etrusco, genio infernal con sus rasgos acentuados, su repugnante fealdad, su martillo levantado sobre las víctimas destinadas á la muerte, conserva frecuentemente un carácter oriental, aun en las escenas que revelan de un modo indudable la influencia helénica. M. Desvergers, *op. cit.*—El águila de los etruscos recuerda la insignia militar de la Persia.—Véase en las pinturas etruscas divinidades de cuatro alas, tifones angüpedos, hombres con cola de pez, toros barbudos, pájaros de forma humana que recuerdan los bajo-relieves de la Asiria y de la Persia.

(2) Michelet, *Historia romana*, pág. 1.



ra habian sufrido el encuentro de sus barcos, y durante algunos años reinó en el mar interior (1). Este imperio se le escapó, como más tarde debia escapársele el de la Italia septentrional.

Por lo demás, ella esperaba esto, porque sabia perfectamente que las naciones mueren como los hombres; no ignoraba tampoco que los dioses habian concedido solamente diez años de vida á los rasenos; y desde los tiempos de Augusto, el augur Volcacio predijo la caída de la Etruria, aun cuando él murió por esta causa (2).

El mundo mismo perecerá tambien, y seis mil años son el término marcado para el «Demiurgo,» el Creador. Este tiempo es igual que el que duró la creacion. Sin embargo, notaremos aquí dos coincidencias que se conforman con nuestras santas verdades. Oigamos la cosmogonia etrusca tal como la ha dejado Tagés. El Demiurgo hizo el mundo en seis mil años: en el primer período de mil años, creó el cielo y la tierra; en el segundo, el firmamento; en el tercero, el mar y las aguas; en el cuarto, los dos grandes cuerpos celestes; en el quinto, las almas de los animales y de las bestias; el hombre, finalmente, en el sétimo; al cumplir el universo igual número de años será disuelto. Los dioses mismos, los grandes dioses, los *Esar*, los «dioses ocultos,» involuti (3), que forman el rostro de *Tina* vuelta hácia el infinito, y el misterio, como los «dioses consejeros,» *consentes*, que «forman la cara de *Tina* hácia el hom-

(1) «Entre los bárbaros, dice Ciceron, ninguno tenia poder marítimo, excepcion hecha de los etruscos y cartagineses.» *De rep.*, II, 4. (Véase á Mommsen, *Historia romana*, t. I.)

(2) Michelet, *Historia romana*, I.

(3) *Dii involuti*, los llama Séneca, *Quest. nat.*, libro XI.—*Tina* ó *Diana* es *Jano*; *Dina*, por *Djina*, *Janus* por *Djanus*. Los otros diez eran *Sethlan*, *Phuphluns*, *Aplu*, *Usil*, *Turms*, *Turan*, *Nethuns*, personificación al principio de los diversos atributos de la divinidad única y suprema, y despues dioses particulares que se identifican con *Pluton*, *Vulcano*, *Baco*, *Apolo*, *Helios*, *Mercurio*, *Vénus* y *Neptuno* (*Gerhard*, *Sobre las debilidades de los etruscos en las Memorias de la Academia de Berlin*). *Janus* y *Nortia*, dice M. Noel Desvergers, con *Summanus*, *Vejovis* y *Voltumna* completan quizá los doce grandes dioses.

bre y lo visible,» y que son doce como las tribus y las ciudades de la Etruria, morirán en el último dia; y con todas estas divinidades secundarias que viven para el hombre y cerca de él, que se colocan en su hogar y sobre su altar doméstico, los *Lares*, *Larth*, *Lars*, estos genios del lugar, de la familia, de la patria.

«No tener nada con el Lar familiar,» es la última expresion del desamparo y de la miseria. Esto consiste en que los *Lares* son principalmente el *fuego del hogar*, *Hestia*, *Vesta*, la llama oriental, y el *Zeus Herkeios*, la piedra de los límites; y sobre estas dos bases descansan la familia y la ciudad. El edificio durará, sin embargo, mucho tiempo.

Al lado y debajo de los rasenos, está situado un pueblo formado por todos los vencidos de la Italia, y antes por todos los indómitos de las antiguas razas: tales son en la llanura los laboriosos *oscos*, cuyo nombre quizá indica un origen ibero (1), y los sabelios pastores salvajes de las montañas.

Soberbios, crueles y rencorosos, son poco sociables y antipáticos á toda dominacion. Segun ellos, hay *tres males igualmente perjudiciales: la esterilidad, la peste y el vecino*. Esta última palabra es característica é indica el odio de los conquistadores.

Los *oscos* agricultores que adoran á *Ops*, la tierra, y dan á sus campos hasta nueve labores, son económicos, sufridos, frugales; se llaman ellos mismos los «trabajadores de la tierra,» *Opsci*; se ve ya entre estos la avaricia y la parsimonia romanas.

Los sabelios son groseros y valientes; construyen sus villas en la cima de las montañas, como las águilas sus nidos, y adoran un *hierro de lanza*. *Quir*, *qbir*, ó el cabir *Azio Kersos* que recuerda á los pelasgos y al dios de la muerte, *Mars*, *Mavors*, *Mamers* (2), á quien se consagraban los hijos en los malos años. Un colegio de doce sacerdotes, está encargado de su

(1) *Eush*, *Aush*, *osk*, son las radicales del nombre de los iberos, *Eúskaros*.—Amadeo Thierry, *op. cit.*

(2) La forma primitiva es *Mas Maspiter*, el sér vigoroso «y el sér generador,» la inteligencia suprema.



culto. A este es á quien se ofrece la «*prima-
vera sagrada*,» *ver sacrum*, y el primer mes
del año, *Marzo*. En veinte años, la generacion
consagrada abandona las montañas y marcha
á buscar fortuna á las llanuras; la colonia ar-
mada sigue el vuelo de las aves ó la huella
del venado. La tribu del «*pico verde*» conquis-
tó el Pícono; la del «*lobo*» el Samnium; otra la
Campania, la Lucania, todo á expensas de los
Opíques, Oscos, de los hombres de las tierras
bajas.

Sus leyes son también mucho ménos ade-
lantadas que las de los etruscos, aunque más
libres y más independientes. Se sirven del vie-
jo código del rey Italo, que ajusta la paz y el
orden legal dentro de la ciudad.

Entre ellos se encuentran los elementos de
la vida pública: la familia, la tribu, la ciudad,
encima de la que, y sobre una eminencia, le-
vántase la ciudadela y debajo la ciudad *oppi-
dum* ó *urbs*, y los *pagi* ó burgos (villas peque-
ñas). Entre estas ciudades, especialmente la del
Lacio, la «*vasta llanura*,» existen pactos de
eterna alianza. Estas confederaciones se com-
ponen de treinta ciudades, y los consejos de
los confederados se celebran cerca de la fuente
Ferentina, la *Vénus latina*. Hay entre ellos fies-
tas comunes, como las «*ferias latinas*,» duran-

las que se suspendian las enemistades y hosti-
lidades.

Pero entre estas diversas ligas no habia nin-
gun lazo, ninguna union. Los pueblos todos
son de carácter belicoso, y además puede de-
cirse: «¿Quién triunfará de ellos ó sin ellos?»
Pero este ardor no le emplean sino unos con-
tra otros. Esto es también una presa para la
nacion que sepa aprovecharse de la desunion,
porque esta desunion traerá su ruina.

Pero en la época que historiamos (750), el
poder de los etruscos se halla en el más alto
grado de esplendor; mas no es á ellos, sin em-
bargo, á quien está reservado el imperio de
Italia.

El poder aristocrático de los lucumones y
el sistema federativo de los italiotas, son muy
débiles para fundar la unidad; la gran Grecia
es muy voluptuosa, muy comerciante, está ex-
cesivamente fraccionada y es muy poco aguerri-
da; la poblacion antigua amaba con pasion su
territorio y su independencia, y era muy bár-
bara y muy celosa de su pequeña individua-
lidad.

Es necesario que Roma se levante, que reu-
na todos estos elementos, que los funde, y for-
me con ellos el coloso de hierro que sujetará el
mundo.

CAPÍTULO XIII

Concepto sobre la marcha del espíritu humano: Filosofía y religion.—Progreso del error.—Sus
caractéres en Oriente y en Occidente.—Los sábios de Oriente.—Los filósofos de Occidente.—
Contraste religioso de los dos mundos.—La religion en la China.—En Arabia.—En Egipto.—En
Persia y en Asiria.—En la India.—Los cultos occidentales entre los iberos y los galos, los pe-
lasgos, los colonos extranjeros, los helenos.—El culto y los sacerdotes en Occidente.—Los
oráculos.—Conservacion de algunas tradiciones primitivas.—Misterios de Samotracia.—De Eleu-
sis.—Importancia de la imitacion.—Relaciones del Oriente y del Occidente.—Actividad del es-
píritu oriental.—Los libros sagrados del Egipto.—Thoth ó Hermés.—Los libros sagrados de la
India.—Los vedas.—El Dharma sastra.—Filosofía religiosa.—Filosofía del Egipto.—Filosofía de
la India.—Los sistemas ortodoxos.—La Mimansa.—Mimansa karma.—Influencia de la filosofía
religiosa de la Judea en Oriente.—Buddha y el buddhismo.—Los filósofos heterodoxos; la Vaise-
quika; kanada.—Kapila y el materialismo.—Pantadjali y el misticismo.—Resúmen de la filoso-
fía oriental.—La filosofía en Occidente.—Sus caractéres.—Cantores y poetas sagrados.—Orfe
y los orficos.—Maseo, Eumolpos, Olen.—Los Etruscos.—Caractéres del genio de Occidente.—
Antropomorfismo griego.—Resúmen

En el periodo enteramente sacerdotal ante-
rior al siglo XVI de la era antigua, adquirió
el error grandes proporciones. Sus progresos
de quinientos años fueron espantosos; las dos
grandes vías que el espíritu humano se habia
trazado á presencia del error, las irá siguiendo
en su engrandecimiento.

Religion y filosofía, ciencia y culto, serán
como en lo pasado el escollo y la ruina de la
verdad.

Fiel á sus falsos hábitos, el antiguo Oriente
sigue su obra, enseñando á las masas una reli-
gion que la entrega más y más á las groseras
idolatrías y á las vergonzosas adoraciones, y
perdiendo poco á poco el precioso tesoro de la
tradicion que la ignorancia olvida, que el sim-
bolismo desfigura, que la filosofía corrompe y
falsea á su placer; trabajo lento y porfiado, que
arraiga sobre las tierras de Asia estos mons-
truosos sistemas, productos de las más extrañas
locuras de la razon humana.

Como si no bastase su incesante accion, nue-
va ayuda ha venido al espíritu de la mentira. El
Occidente se ha rebelado. Ardiente y temerario,
ha comenzado por romper en las peregrinacio-
nes de sus hijos el yugo de las opiniones nueva-
mente recibidas de las tradiciones reveladas,

como también ha sacudido el yugo de las cas-
tas y de la religion. Ha arrojado por los vien-
tos del desierto las antiguas nociones, se ha
creado para sí divinidades, disfrazando los dio-
ses de la patria ó creándose otros nuevos. Ha
querido que los séres á los que se dirigian sus
súplicas participasen de sus penas, de sus ale-
grías, de sus virtudes y especialmente de sus
vicios. Era esto una manera especial de extra-
vío. Resignado sin dificultad á las leyes del
destino, vivió bajo este fatalismo sin resentirse
de la dureza desesperadora; se entrega de lle-
no con una fe increíble á todos los placeres y
á todas las extravagancias. Poco le importa el
porvenir. Goza del presente y canta y se coro-
na de rosas, porque ha de morir mañana. Todo
su horizonte está limitado á la voluptuosidad
del momento, y si alguna vez se cuida de su
origen y de su destino, y si suscita algunas
de las grandes cuestiones de la humanidad y
del mundo, será para resolverlas divirtiéndose
en sus ratos perdidos. Los más sábios de es-
tos pueblos son hombres libres que no tienen
fe más que en su razon, no pidiendo más que
á ella esta verdad, de la que se dicen ser ellos
los sectarios, y se contentan despues con ense-
ñar á algunos discípulos y con discutir holga-